

LA EXPERIENCIA CRISTIANA DE JOAQUINA

Por el Bautismo Joaquina de Vedruna fue sumergida en el misterio de la muerte y resurrección de Jesucristo. Aquel 16 de abril de 1783 entró en una dinámica de conversión constante al amor, que en el año 1826 cristalizó en la fundación de una comunidad fundamentada en el evangelio y con un estilo de vida pobre, contemplativo y entregado al servicio amoroso de los hermanos.

La palabra de Dios le reveló que todas las personas son una prolongación de la humanidad de Jesús. El no es solamente el buen samaritano que cura las heridas del caminante, sino también el viandante mirado y tratado con desprecio. Con ayuda del P. Esteban conoció mejor la sociedad de su tiempo: la pobreza y la ignorancia del pueblo, el estado lastimoso de los enfermos, ancianos y personas deficientes sin familia ni recursos, el egoísmo y la prepotencia de las clases altas que ejercían el poder. Una situación que le despertó el deseo de compartir con ellos su afecto y bienestar, y la motivó a trabajar solamente por la gloria de Dios y el bien de prójimo.

Para remediar tantas necesidades, invitó a otras jóvenes a caminar con ella siguiendo los pasos de Jesús y, en un ambiente familiar, alegre y sencillo, las preparó para el servicio del amor. Para cuidar y acompañar el dolor y la soledad de las personas enfermas, para convertir las casas de caridad en un hogar donde todos los albergados se sientan queridos y reciban la formación humana que necesitan; y de una manera especial las quiso capacitar para la educación de la infancia y de la juventud de la mujer, privada de la instrucción reservada a los hombres.

Un proyecto que en el C.G.XXIII se formuló como “una misión única, ejercida con un talante sanador y capaz de acompañar procesos educativos liberadores” (R.V.23). Porque, tal como ya había indicado el P. Esteban al inicio del siglo XIX, la regeneración social sólo se puede conseguir con personas que gocen de buena salud, hayan podido desarrollar todas sus capacidades y las pongan al servicio del bien común.

Desde 1826 la familia Vedruna se ha mantenido fiel a su espíritu expresado en las Constituciones que lo protegen de posibles contaminaciones y sirven de contraste a la innovación. Para todas nosotras son “Palabra de unidad... y palabra de misión... para que seamos signo e instrumento de la acción transformadora de Jesús en el mundo” (Catalina Serna, Pres.cc)

Palabra que hoy nos envía a una sociedad que nos había prometido la satisfacción de todas nuestras aspiraciones a la vez que nos desazonaba con nuevos deseos sin sentido. Una sociedad que vivía como un “tío vivo” que gira sin cesar dentro de un sistema que sólo busca la productividad y el crecimiento ilimitado de la riqueza. La crisis económica le ha obligado a frenar y a bajarse de él, y ahora se siente amenazada.

Le están recortando la seguridad del bienestar, le indigna la corrupción que ha generado y busca culpables. Teme el esfuerzo, la austeridad y la incertidumbre... Busca soluciones que no encuentra y está en peligro de cometer los mismos errores que han creado la injusta situación que nos está destruyendo.

El carisma Vedruna puede liberarse de la recesión humana que sufrimos, si hay hermanas contemplativas que pongan en práctica la Palabra de Dios, viven sencilla y honradamente de su trabajo, y sean capaces de amar hasta compartir sus bienes con los más pobres y poner todas sus cualidades al servicio del bien común; si protegen y defienden la vida para que pueda crecer en libertad (cf cc 7,39,57,61).

Joaquina que vivió entre el siglo XVIII y el XIX también se encontró en medio de una crisis, entre el antiguo régimen y la modernidad, entre los realistas y los liberales. Sufrió las consecuencias de la guerra y una situación económica difícil, incluso el exilio, para sacar adelante una familia numerosa y poner en marcha su proyecto.

A su casa de Vic no llegaban las ideas progresistas de la constitución de Cádiz; en el ambiente que frecuentaba no había afrancesados; pero en la contemplación de la vida de Jesús y en su Palabra, descubrió la novedad que necesitaba el pueblo.



En la comunidad religiosa que proyectaba, todas las hermanas tendrían la misma categoría y, fuera de la clausura monástica, se dedicarían a la educación de las niñas y al cuidado de los enfermos y de las personas más pobres y desvalidas, teniendo cuidado también de su instrucción, para que todos puedan alcanzar el desarrollo que reclama la dignidad humana... Un proyecto que pronto se hizo realidad y el P. Antonio María Claret reconocía públicamente subrayando su estilo de vida pobre, contemplativo y al servicio de la caridad.

POBRE

Joaquina de Vedruna del Padre San Francisco era una persona completamente libre; no tenía bienes que defender ni ataduras que le impidieran "abrazar todas las necesidades del mundo". No tenía ni plata ni oro; pero como Pedro al paralítico que pedía limosna camino del templo, en nombre de Jesús daba lo que ella había recibido gratuitamente.

Su pobreza fue extraordinariamente fecunda. Ni las dificultades ni los contratiempos impidieron la realización de su propósito. Porque, tal como decía en una carta a José Estrada, confiaba en Dios. "abramos nuestro espíritu a Dios que todo lo puede y emprenderemos lo que El quiera. Ánimo, que con Jesús y teniendo a Jesús, todo sobra. El espíritu de Jesucristo no quiere otra cosa que no sea practicar la caridad, la





humildad y vivir en pobreza. Así pues, no tema, todo nos sobrará” (Ep. 80) No habla de dinero; sus únicos recursos son el amor, el servicio y la humildad.

Dicen que Joaquina tenía la sencillez de quien no se cree superior a nadie (Pr. 443, 437). Prescinde de las apariencias y llega al yo profundo de cada persona, allí donde brilla la imagen de Dios, Padre y Creador, que nos iguala a todos y nos hace hermanos.

La vivencia de la pobreza evangélica se llama humildad, la llave que abre todas las puertas y autoriza el servicio de la caridad, para que compartamos lo que somos y tenemos de igual a igual y sin temor a ser engañadas o a quedarnos a la intemperie. “Cuando nos abandonamos en los brazos del buen Jesús, El cuida de nosotras... Por nuestra parte tengamos ánimo, iniciativa y diligencia, y el buen Jesús lo bendecirá todo”. (Ep. 82)

Joaquina sabía que dejar el futuro en las manos de Dios es el mejor remedio para conservar la paz y no perder “la alegría, que ella consideraba la principal virtud y muy necesaria para hacer cosas grandes”. (Ep. 146) Se refería a la alegría pascual, al gozo de renacer a una vida nueva. Ella, fiel al compromiso cristiano, vivió siempre en tensión hacia la plenitud, pasando de muerte a vida porque amaba a los hermanos. Acoger la novedad que nos ofrece esta dinámica para integrarla a la propia vida, no siempre es fácil. Lo incierto nos da miedo; a Joaquina, no. Sabía de quién se podía fiar.

CONTEMPLATIVO

A Joaquina como a Francisco de Asís la pobreza evangélica le permitió adentrarse más y más en el misterio de la Cruz. En la contemplación de la pasión de Jesús aprendió cómo se ama, y también hasta dónde puede llegar la grandeza y la miseria humana: su fortaleza y su fragilidad, la ignorancia insolente y la verdad serena. Jesús crucificado le transmitió sus sentimientos y el deseo de hacer solamente la voluntad del Padre. Entendió que sin muerte no hay verdadera vida y probó la alegría de la Pascua. La carta que escribió a Josefa Fuster en mayo de 1832, una paradoja de gozos y de penas, nos lo confirma.

“Volemos a la montaña más alta a ver, si apartadas de todo lo terreno, vivimos únicamente en brazos de la cruz. No lo dudéis, poniendo nuestro anhelo en la Cruz, en medio de las amarguras gustaremos lo más sabroso de lo dulce”. (Ep. 89) Palabras difíciles de entender que el misterio pascual hace comprensibles.

Influida, sin duda, por Francisco de Asís, las llagas de Cristo fueron para ella la fuente del amor, un lugar de relación con el sufrimiento humano y un punto de encuentro con los amigos y colaboradores, para, juntos, conocer mejor la respuesta evangélica a sus



proyectos. "...Deseo una oportunidad para hablarnos, pero mientras ésta no se presente, recurramos a las llagas de Jesús y allí nos entenderemos los dos". (Ep. 85)

Jesús manifestación del amor de Dios y expresión de la plenitud humana a la que todos estamos llamados se identifica también con el sufrimiento y las miserias de los hombres. Él es el único camino que puede conducirnos a la verdadera liberación.

Las Constituciones que condensan el espíritu de Joaquina, nos exhortan a "contemplarlo todo en estrecha identificación con Jesucristo... dóciles a la acción de su Espíritu, a la fuerza transformadora de su Palabra... hasta hacer nuestros los intereses del Reino". (c.8) La verdad, la justicia, el amor y la paz.

Para nosotras, contemplar es mucho más que dejarnos deslumbrar por la belleza, la bondad, la sabiduría... y las maravillas del universo. Para los cristianos, contemplar es también y sobre todo, pararse ante las desgracias humanas, sufrir el hambre, la humillación, la injusticia... de nuestros hermanos, acoger los sentimientos que nos provocan estas situaciones, y volver a mirar para ver y conocer mejor, hasta el punto de hacer nuestro su dolor.

AL SERVICIO DE LOS HERMANOS

La contemplación de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, misterio de relación entre si y hacia el ser humano, configuró la vida de Joaquina y le dio seguridad. "Sí, don José, avivemos la fe, tengamos confianza, practiquemos la caridad, y la Sma. Trinidad confirmará nuestra obra". (Ep. 80)

"Practiquemos la caridad" ¿De qué manera? Como Jesús, arrodillado ante sus discípulos para lavarles los pies. Expresión de afecto y reconocimiento, manifestación del amor que se hace servicio y nos invita a comportarnos de la misma manera. "Os he dado ejemplo para que tal como yo acabo de hacer, lo hagáis también vosotros". (Jn. 13,15-16)

Joaquina, dócil a su mandato, puso su obra al servicio amoroso de los hermanos. Y tal como hizo el Maestro, la dedicó a educar, a curar, a procurar el bien, principalmente de los pobres, acompañando, protegiendo y defendiendo la vida, ayudándola a crecer en libertad y despertando en cada persona la conciencia de saberse criatura de Dios.

 La acción del espíritu hizo de Joaquina un don para la sociedad del siglo XIX, que la fidelidad a su carisma nos permite ofrecer también al siglo XXI (Cf. cc 50). Ignoramos cómo será el futuro de la vida religiosa; pero sabemos que la gloria de Dios es y será siempre la vida del hombre.

El avance de la medicina es sorprendente. Cada día se descubre algo nuevo que alarga la vida o mitiga el dolor. La estructura sanitaria cuenta con instalaciones y aparatos que responden a casi todas las necesidades e interrogantes que plantea la enfermedad. Nada es igual a 150 años atrás. Pero el sufrimiento sigue presente y, tal vez, agravado por una más grande y profunda soledad, por el miedo y la angustia que añaden al dolor físico y al misterio de la muerte, la falta de sentido. La ciencia es incapaz de responder a ciertas enfermedades... no se encuentra solución a la drogadicción... a la violencia. También hoy, en el año 2012 hay personas que piden auxilio, compañía, comprensión... un poco de ayuda para soportar su situación con dignidad.

“Joaquina asistía a los enfermos con amor, compartía su dolor y les ayudaba a descubrir el sentido cristiano del sufrimiento” (cc. 60). Su carisma sigue siendo un servicio necesario a la humanidad.

Dicen las primeras hermanas que “sentía una gran compasión por los enfermos, a los que consolaba y socorría según sus posibilidades, muy atenta a las necesidades de cada uno sin tener jamás un no para nadie”. (Pr. 315) Escuchar en silencio y con ternura era el único medio de que disponía para sanarlos. Si no se conocen las causas del sufrimiento es imposible compadecer. Nunca se puede consolar si no se da la empatía que permite una correcta interpretación de los gestos, de los gemidos, de las palabras entrecortadas... Las frases aprendidas, aunque sean las más sabias, no confortan. Tampoco las prácticas piadosas que la rutina ha vaciado de significado. Solo sana aquello que llega al corazón. Quien ama como Joaquina sí que siente el dolor del enfermo, el sufrimiento de la impotencia, de la injusta marginación... y se queda a su lado para acompañarlo y ayudarle a descubrir los motivos que tiene para vivir y el crecimiento interior que le ofrece su situación.

“No tenía un no para nadie. Sus preferencias siempre fueron para aquellas personas que no se lo podían agradecer: infecciosos, prostitutas, gente desagradable y violenta... que se sentía dignificada con su presencia”. (Pr. 319-324)

Todo el mundo necesita sentirse importante, percibir que no es indiferente a los demás, experimentar que puede tener amigos que lo escuchen y lo tengan en cuenta... Todo el mundo quiere ser libre, gozar de buena salud, sentirse seguro gracias a la formación que le permita relacionarse con los demás de igual a igual, incluso con el poder. Todo el mundo desea ser valorado y acogido tal como es: la criatura más perfecta de la creación, digna de respeto y de un trato justo.

Cuando Joaquina decía que necesitaba tres cualidades de espíritu en las hermanas para llevar a cabo su obra, estaba hablando de cómo atender todas estas aspiraciones. Su lenguaje era el propio de la época, pero su servicio respondía al único deseo de hacer la voluntad de Dios, que reclama la plenitud del hombre.

“...Mediante la educación cooperamos a que el hombre alcance su madurez humana, se comprometa libremente con Cristo y sea fermento de fraternidad en la creación de una sociedad más justa...”. (cc. 57)

Esta es la utopía ilusionante que soñaba Joaquina de Vedruna. Educar la infancia y la juventud y acompañar e instruir a las personas más ignorantes y desprotegidas para que todo el mundo pueda alcanzar la perfección que le permita realizarse en un proyecto de vida lleno de sentido.

Educar es mucho más que transmitir información, que dar conceptos, que enseñar a dominar el lenguaje y el cálculo matemático. Sin educación no se despierta la capacidad de admiración, de sorpresa, de veneración... Si no se ha descubierto el silencio, la vida interior, la dignidad del hombre... Si no se conocen y valoran las propias cualidades... Si no se controlan las mociones, los sentimientos... Si no se sabe dialogar... compartir y respetar las ideas de los demás... Si no se ha experimentado la auténtica libertad... y que hace más feliz dar que recibir, no hay desarrollo humano integral.

¿Sin educación, los hombres y las mujeres conocerían y cultivarían los valores que integran el capital humano que constituye y crea la verdadera riqueza de una sociedad?

¿Sin educación, habrá personas preparadas y eficaces para conseguir la regeneración social que necesitamos?

Si en el siglo XIX Joaquina fue sensible a la voz de un pueblo que quería salir de la pobreza y de la ignorancia, para sumarse al progreso, también hoy, en el siglo XXI y en medio de una crisis económica, producto de un sistema que ha corrompido y deshumanizado la sociedad, se pondría al lado de los más necesitados para defender la vida y la libertad del hombre, su bienestar. La única manera de dar gloria a Dios.

El sistema capitalista, fundamentado en el crecimiento ilimitado de la riqueza y en la competitividad, ha alimentado un egoísmo monstruoso, causa de muchas víctimas humanas y del deterioro del planeta. Participar en grupos que luchan por la justicia social y por la defensa de la tierra, puede ser conveniente, pero no es suficiente.

Si de verdad queremos combatir esta situación, necesitamos personas preparadas para crear la estructura de un régimen social que esté al servicio del hombre. Un sistema que busque el bien común, activado por el capital humano que mueve la sociedad.

La sociedad necesita gente creativa y transformadora, innovadora y emprendedora, hábil para unir fuerzas, para vencer el individualismo que crea tanta desigualdad y destruye la convivencia pacífica. Más que formar comisiones para reclamar los

derechos humanos, Joaquina potenciaría y crearía comunidades animadas por el espíritu de las Bienaventuranzas, dispuestas a colaborar con todos aquellos que defienden la vida, actuando siempre con un talante sanador y capaz de acompañar procesos educativos liberadores (RV. 23)

Si queremos una sociedad diferente, de personas íntegras, motivadas por los valores que proporcionan el auténtico bienestar, tenemos que formarlas desde la infancia. Sin dejar de interesarnos por el desarrollo integral de las mujeres y de los hombres marginados, a quienes las circunstancias les han negado la educación a la que tienen derecho.

La imagen de los carbones apagados con la que Joaquina motivaba la vocación educadora de las hermanas, no puede ser más elocuente. Quien enciende un fuego transforma la materia inerte y sin atractivo en una fuente de luz y de energía, de bella armonía que nos regala las chispas que saltan más allá de su centro y nos acaricia con el calor de unas llamas vacilantes que tiran siempre hacia arriba.

Hacer que aflore la bondad, la belleza y la energía de tantas personas que parecen amorfas o inacabadas, es una misión del carisma Vedruna. Una manera de acrecentar el capital humano que necesita el sistema del bien común, para ser alternativa al poder del dinero.

SI JOAQUINA VIVIERA HOY

Si estuviera entre nosotras, me la imagino pobre y sencilla, alegre y llena de energía, completamente libre. Disponible y creativa, formaría parte de los grupos de vanguardia que trabajan, también desde la escuela y los centros de salud, por la humanización de la sociedad a favor de la vida. Compartiría sus experiencias con las hermanas, escucharía sus sugerencias y se quedaría con lo mejor de cada una. Su actitud contemplativa le permitiría interpretar la realidad según el espíritu de las Bienaventuranzas, y su respuesta iría acompañada de la ternura que suaviza las tensiones y la crispación y abre una rendija a la esperanza. Su servicio amoroso e incondicional lo dedicaría a las personas más frágiles: A la infancia y a la juventud, a los enfermos y desahuciados, a los marginados, a los que difícilmente pueden sobrevivir. La veo convirtiendo los centros de acogida en el hogar de una gran familia, buscándoles trabajo como hacía con su hijo José Joaquín. Todos la conocerían por su talante amable y acogedor que responde a las necesidades del cuerpo y sana las heridas del alma.

Sus largas y numerosas cartas me hacen pensar que usaría el correo electrónico con frecuencia, y no me extrañaría que se dejara oír desde las redes sociales. Pero estoy segura que nunca prescindiría del encuentro personal, de la conversación serena, afectuosa y sin prisas. La imagen virtual no puede transmitir los sentimientos que no se

verbalizan, el grado de sinceridad de las palabras, la ilusión o la decepción. Nada puede suplir la proximidad del corazón.

Movida por el deseo de proteger la vida, de ayudarla a crecer, de hacer de la tierra el escenario del amor fraternal, buscaría en el discernimiento evangélico la manera de conseguirlo. No en el consenso, como hacen los partidos políticos, ni en el voto de la mayoría que puede dar el sí a los intereses particulares de un grupo, sino en la comunión con Jesucristo.

Simpática, amable, intuitiva –fue madre de 9 hijos- continuaría creando a su alrededor aquel ambiente alegre y familiar que tanto ayuda a que la gente se sienta segura y optimista, creativa y capaz de todo. Con ganas de ser buena persona y de hacer el bien. En todo momento y con todo el mundo sería la educadora paciente que consigue todo por amor, nunca a la fuerza.

Los profetas, los que luchan por la justicia y los que se manifiestan con pancartas reivindicativas... son muchos. Las tertulias de la T.V. y de la radio, la prensa de papel y la digital, las redes sociales... todo el mundo, se podría decir, grita en la misma dirección. ¡Ya estamos super informados de los males que nos afligen! ¿Y ahora qué? ¿Hay gente preparada para sacarnos del hoyo?

Dicen que nos faltan líderes. No es extraño. Durante mucho tiempo se ha descuidado la formación humana integral de las personas. Nos hemos dejado arrastrar por el consumismo, el hedonismo y el afán de poder. Nos ha sido más fácil sumarnos a la protesta que consagrarnos en cuerpo y alma a la educación y acompañamiento de la juventud, el futuro de la sociedad. ¿Dónde están los valores de nuestros antepasados: la honradez, el esfuerzo, la responsabilidad en el trabajo, la austeridad...?

 ¿Dónde la justicia, la prudencia, la fortaleza y la templanza que formaban la excelencia ciudadana y política del mundo clásico, de la primera democracia?

Necesitamos personas que nos ayuden a recuperar estos valores, que sean capaces de crear un sistema de convivencia que, por encima de todo, busque el bien común. Joaquina de Vedruna colaboraría con ellas porque formaría parte del pequeño grupo de Jesús que vino a salvar, no a condenar.

Hna. Lydia Martín

La Cellera, 16 de julio, 2012